

LOS CUENTOS DE FIN DE MES

EL POTE DE MIEL

Velmad es una ciudad tranquila, risueña. A la derecha del río y muy cerca del puente adornado con banderas se extiende el barrio residencial, es una zona en la que abundan las villas elegantes y en donde las aceras de las calles son de colorines. Sus avenidas están llenas de parterres y flores, tiene un aire tan alegre que los pajarillos bajan a beber en las fuentes y a mirar a los niños de cerca, porque todos los niños juegan en la calle o en el parque que a fin de cuentas es lo mismo, sólo que allí abunda un poco más el césped y hay columpios y toboganes.

¿Veis ese chico despeinado que atraviesa la colzada corriendo con un balón en la mano y parece se va hacia el parque? Pues ese niño es Miguel y esta historia ocurre precisamente a Miguel y a una amiga suya,

Con aire alegre y zarrandeando la cartera entra en su casa. Como todos los días entre la salida de las clases y el almuerzo hay una hora magnífica para darle puntapiés a la pelota. Los niños juegan sin preocuparse del «abuelo» adormilado en el banco. Al principio les molestaba, era un intruso en su mundo, y el balonazo que recibía de vez en cuando no les compensaba de su presencia. Poco a poco, sin embargo, se acostumbraron a él; incluso acabaron queriéndole, es muy viejecito disculpaban. Algunos de los pequeños se acercaban a él para que les contara algo, aunque ese algo solía darles miedo, era siempre misterioso y fantástico. Otros, por el contrario, nunca vencieron el temor que les producía su barba y la caricia de su mano áspera. Todos habían oído decir que era un hombre extraño; las tías de Vicky le atribuyen brujerías.

Mientras los muchachos jugaban, Vicky desde el borde esperaba a Miguel, le llamaba, «Voy, voy» contestaba éste, continuando el juego. A la tercera o cuarta llamada se reunía con ella y se burlaba de su muñeca, de su trenza, de todo lo que Vicky amaba y él también, porque era de ella. Miguel la quería mucho, cuando tenía caramelos los compartía con su compañera a la que manifestaba su admiración diciéndole ¡Vicky, lástima que no seas chico!

Una mañana en la que la niña no fué al parque, el balón maltrecho y pataleado murió en el aire de un estallido. Entonces Miguel sin Vicky y sin balón ya no tenía allí nada que hacer. Esperaría un rato para descalorarse e iría a casa, y, como no tenía miedo, sentóse en el banco del viejo. Fué así que se pusieron a hablar familiarmente.

—¿Tú eres bueno abuelo?

—Si hijo, bueno por bueno, no por viejo.

—¿Y cuántos años tienes?

—Tantos que ni me acuerdo. Escucha lo que voy a decirte. Yo, sólo por veros jugar, os conozco a todos; me eres muy simpático, y como siempre has sido amable

conmigo voy a premiarte, pídemelo lo que quieras, lo tendrás si eres valiente y no dices nada a nadie.

A Miguel le costó creer en sus palabras pero el abuelo con vos persuasiva le convenció. Y formuló su deseo «quiero ir a una tienda maravillosa en donde tengan todos los juguetes del mundo y jugar... jugar cuanto quiera. El viejo se lo prometió y dióle un pote de miel. La noche que brille en él una llamita —le dijo— lo des-
tapas soplas y...

Sopló y... encontróse en la puerta de un alto edificio, un llamativo rótulo decía —GRANDES ALMACENES DE JUGUETERIA— El «abuelo» le estaba esperando, «entra, no tengas miedo, cuando quieras volver, sal por esta misma puerta, no más cruzarla te hallarás de nuevo en tu cama».

Era un mareo delicioso: soldados, caballos, pistolas, disfraces. Montó una red ferroviaria fabulosa, las vías ascendían hasta el segundo piso, se metían debajo los muebles, cruzaban alfombras y dependencias, colocó túneles, puentes y muchas locomotoras, era la orgía de los trenes. Después sacó el mecano, construyó una grúa potentísima. A continuación el avión, el arco, los coches de carreras. Empezó a agobiarle aquel delirio. Huyendo de él subió al último piso. Paróse ante un muñeco que sostenía un espejo en la mano. Dando vueltas a una manivela podía verse en él lo que se quisiera. Miguel quiso verse mayor, pero el muñeco no funcionaba —no es un juego de niños objetaba, y tú sabes muy poco de cómo son los hombres en realidad—. Pero sintió curiosidad, y como era él quien mandaba quiso ver las ocultas imágenes.

A través del espejo vió un grupo con las cabezas rapadas, declamando en voz alta con exageradas gesticulaciones, hablaban diferentes lenguas. Nadie les escuchaba. Era la juventud. Más lejos, unos hombres cadavéricos; unos se sacaban las hormigas de los huesos, otros enterraban monedas de oro y miraban con asco a los oradores. Era la vejez. En el rincón más oscuro en soez amontonamiento dormían gran cantidad de tipos. No eran jóvenes ni viejos.

Miguel no comprendió del todo, a pesar de ello, asustóse. Tuvo frío. Se sintió triste. Se sintió hombre. Corrió precipitadamente escaleras abajo. En su atolondramiento, impulsivamente, cogió una muñeca.

Al día siguiente, el parque le parecía una sucia trampa para engañar niños. Sólo fué para regalar la muñeca a Wicky. Ella le preguntó como la había conseguido. No supo que decir. Explicarlo hubiera sido difícil. Apartó la vista y vió caer un pájaro.

Temblaron sus alas al abandonar el cielo, al chocar contra la piedra. Al igual que los que dejan de ser niños el gorrioncillo herido ya no volaría más.

Juan José Plandollit